

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 12 DE JULIO DE 1886→

NUM. 237

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ESCENAS PARISIENSES



LAS PRIMERAS GOTAS, cuadro de F. Miralles (copia fotográfica, grabada por M. Pérez)



— Acordemos irnos á comer, — replicó el alcalde, poniéndose el sombrero en señal de que había concluido la sesión extraordinaria.

\*\*\*

El hijo de Canina se casó filosóficamente con Mariquilla.

Acto continuo manifestó al tendero que en adelante no podía dedicarse á llevar cuentas ajenas porque necesitaba el tiempo para ajustar las de la riqueza de su mujer. En esto se equivocaba de medio á medio: cuantas veces intenta intervenir en la administración y manejo de lo que Mariquilla aportó al matrimonio, tiene que contentarse con oír que ella no necesita cirineos y que él no sirve para nada. Viven como perros y gatos. ¡Se dicen uno á otro unas cosas, y se llaman con unos nombres tan feos!...

El padre de Pepa murió de puro viejo, dejando á su hija una herencia de más de diez mil ducados. El Pato está convencido de que llegará á tener un cortijo propio, á pesar de que Pepa continúa siendo una conejita de las más aprovechadas.

El tío Canina tuvo una mañana el mal acuerdo de enjuagarse el gáznate con mayor cantidad de aguardiente que el que acostumbraba. Se presentó en la casa capitular en un estado lamentable. El alcalde le anunció que desde aquel momento quedaba destituido, y actuó continuo el viejo fué á la plaza, donde se acercó á un grupo de jornaleros que no habían encontrado trabajo. Pronunció una de aquellas arengas que podían condensarse en dos frases: Los pobres son honrados y laboriosos: el Ayuntamiento es una madriguera de ladrones.

Los jornaleros le oyeron como el que oye llover.

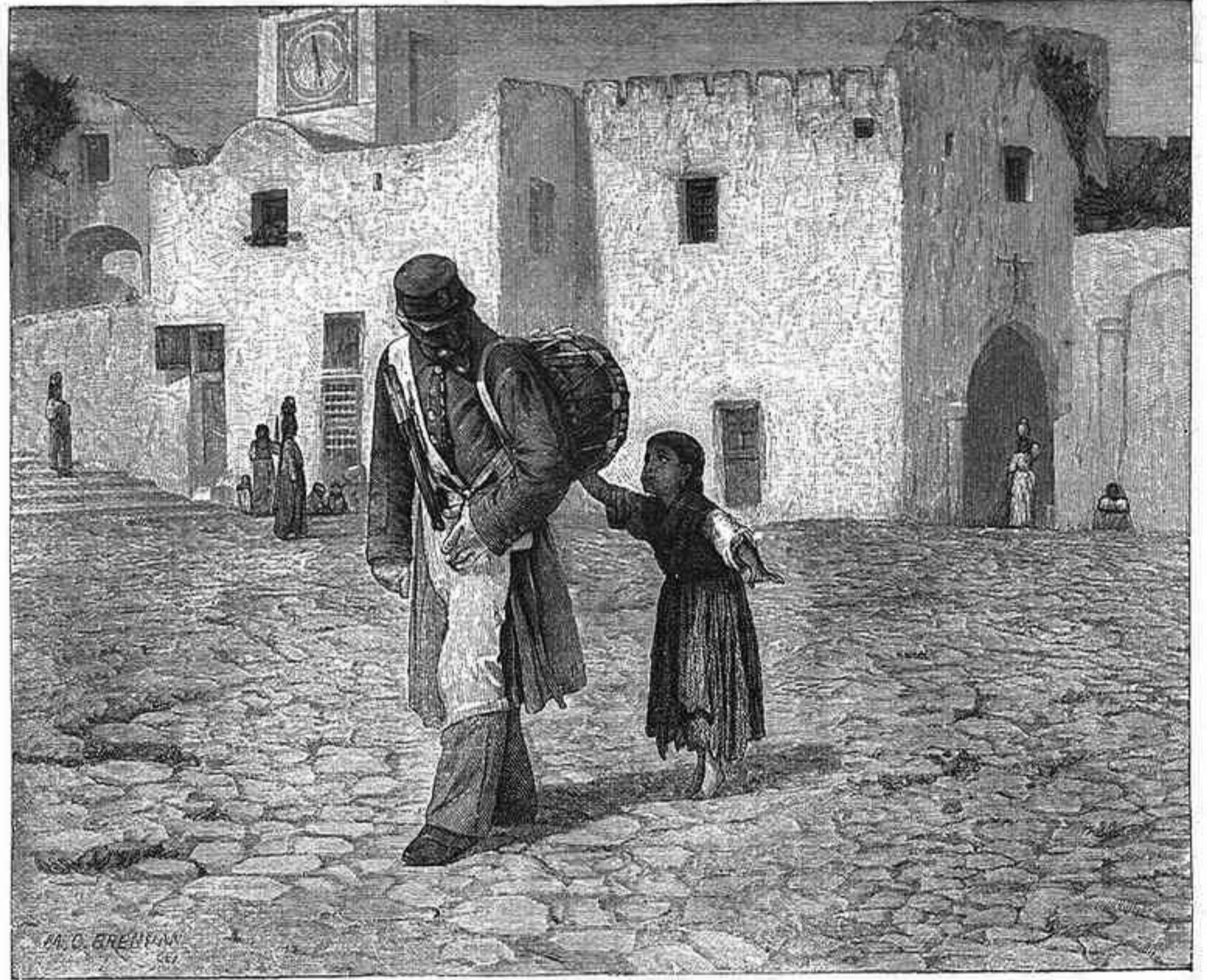
Al siguiente día, en vista de que lo de la destitución no pasó de ser una amenaza, el alguacil se creyó obligado á cambiar de opiniones, y sostuvo que los pobres son unos haraganes y canallas y que el señor alcalde y los demás señores del Ayuntamiento se sacrificaban por la felicidad de la villa. También esta vez le oyeron como el que oye llover.

bresalieron Alonso y Francisco, hermanos, y Cristóbal, hijo del segundo. Sobre quién de los primeros fué el verdadero autor de la custodia de dicha ciudad (1528-1573), ha habido distintos pareceres, aunque la inscripción la atribuía á Francisco; según Cean, pudo haberla comenzado Alonso y concluido éste. Por la descripción que hace de ella (pues se perdió, como siempre se dice, «cuando los franceses»), pesaba 616 marcos (unos 123 kilog.), constaba de tres cuerpos coronados por un cimborrio con su linterna, sobre la cual se alzaba la imagen del Salvador; tenía quizá mayor número de estatuas que ninguna de las demás; el viril ocupaba el segundo cuerpo; y en los otros dos, en vez de las figuras aisladas que usualmente van en el centro, ofrecía dos grandes composiciones de escultura (en el primero la Cena, y en el tercero la Resurrección), peculiaridad esta que, junta con su extrema riqueza de ornamentación, debió dar á la custodia de Cuenca la fama á que alude el mismo Juan de Arfe, el cual añade, trabajaron en ella «todos los hombres que en España sabían en aquella sazón (1).»

Por fortuna, se conserva aún otra custodia de este grupo: la de Alarcón (Cuenca), ejecutada por Cristóbal Becerril para la parroquia de San Juan de dicha villa y acabada en 1575. Consta de tres cuerpos, terminados por una cúpula. Los dos primeros son de planta cuadrada, corintio el inferior, y jónico el segundo; decorados ambos con profusión de estatuas de santos, evangelistas, cabecitas, etcétera; en el tercero, octógono, va un apostolado; la cúpula está sostenida por unos dragones; y el viril por cuatro ángeles en el centro (2).

La custodia de Segovia es obra del toledano Rafael González, comenzada en 20 de setiembre de 1654 y concluida en 28 de abril de 1656, é inferior, sin duda, á lo que habría sido en caso de haberse llevado á cabo el encargo que para hacerla recibiera del cabildo en 1588 Juan de Arfe, el cual llegó á presentar el proyecto, quedando en tal estado. La alhaja de González tiene dos cuerpos (en el segundo de los cuales van, por cierto, ocultas en la especie de buhardilla que viene á formarse entre el cielo raso y la cúpula, las campanillas de ordenanza). Su planta es octogonal, de lados desiguales abajo, é iguales en el cuerpo de encima, cuya linterna remata en una perinola de forma poco agraciada. En el primer templete se halla albergado el viril, dorado, de escaso gusto y que representa al ave mística, en cuyo corazón se coloca la Sagrada Forma; la estatua de la Fe ocupa la capilla superior, estatua que, como las restantes, carece de importancia. En cuanto á su estilo, puede en cierto modo referirse al de Juan de Arfe, cosa por lo demás explicable, pues es sabido que, de los dos tipos del Renacimiento que aquí prosperan, el greco-romano preponderó al cabo, hasta ahogar por completo á su rival, con ser tan espléndido y suntuoso. A esto queda reducida la semejanza entre la obra de González y las del platero leonés, de cuya gracia sería difícil hallar el menor vestigio en sus adornos, más bien que sobrios, pobres (que es muy otra cosa), y en sus repujados de muy vago carácter, como lo es la decoración general del XVII, entre nosotros, hasta que se acentúa el barroquismo, visible ya en muchas partes de esta pieza.

Las otras custodias que merecen citarse son las de Jaén y Zaragoza y la grande de Cádiz. Fué autor de la primera, Juan Ruiz, andaluz, discípulo de Enrique Arfe, mientras en Córdoba trabajaba la de aquella Catedral; pero que optó por el nuevo estilo «de la arquitectura restaurada,» comenzando su obra en 1533 y dándola por concluida en cuatro años. Pesa 80 kilog. de plata; tiene más de dos metros de altura y consta de seis cuerpos, el primero de los cuales contiene el viril, sostenido por unos ángeles; llevando en los demás gran



CAPRICHIO INFANTIL, cuadro de G. Brennan

número de estatuas, una de ellas la de la Concepción, dentro del tercero, y coronándolo todo por la del Salvador. Sus proporciones son por extremo esbeltas, recordando la forma general de las góticas de Córdoba y Toledo, y su estilo es diametralmente opuesto al de Juan de Arfe, es decir, el más rico y profuso. Templetillos, hornacinas y doseletes; columnas, balastradas, flamosos y una superabundancia de estatuillas, relieves y filigranas tal, que no hay faja, pilastra, zócalo, enjuta... en suma, superficie alguna, por pequeña que sea, que no esté decorada de espléndida manera, ofrecen un conjunto, cuya primera apariencia más recuerda en verdad el último estilo gótico, que la severidad y sequedad greco-romanas. En este género del primer Renacimiento suntuoso, es la custodia de Ruiz, la mejor tal vez que poseemos.

Las proporciones de las de Zaragoza y Cádiz son muy inferiores á las de ella, aunque por diversa razón: la de la Seo aragonesa, por demasiado ancha en sus cuerpos inferiores, en relación con los altos; la de Cádiz, por excesivamente estrecha é igual en todos ellos, que parecen casi del mismo diámetro.

La primera (3), cuyo autor fué Pedro Lamaison, se concluyó en 1537, siendo hecha de la plata que dejó para ella el arzobispo D. Alonso de Aragón, hijo del Rey Católico. Tiene cuatro cuerpos y pesa 200 kilog. En el primero de aquellos se halla la imagen de Santo Tomás de Aquino; en el segundo, el viril; el Salvador (título de la Iglesia) en el tercero; terminando por un remate extraordinariamente prolongado, subdividido en tramos y cuya forma recuerda la de las macollas góticas de los siglos XV y XVI. El número de sus columnas, templetos, estatuillas,



EL SACRIFICIO, dibujo de M. Stone

(3) Todos los datos relativos á la historia de esta rica obra, que he podido en más de una ocasión admirar y cuya fotografía (por Laurent) tengo delante, los debo exclusivamente á la bondad del erudito coronel de artillería Sr. D. Mario de la Sala. Cean Bermúdez nada dice de ella. En cuanto al apellido Lamaison, no ofrece mucho carácter nacional; pero la obra lo tiene resueltamente.



ESTUDIO, de Werner Schuch

Poco después murió ahogado en un pozo de las inmediaciones de la población. ¿Se arrojó? ¿Lo arrojaron? Las diligencias que se instruyeron con tal motivo no esclarecieron el hecho: con distintas palabras, todas las declaraciones que se tomaron decían:

— He oído que el tío Canina era una víbora, y si lo era, parece natural que le hayan aplastado; pero yo no lo creo. Si no le aplastaron, esto es, si no lo echaron al pozo, es que se echó él; pero tampoco lo creo.

El secretario del Ayuntamiento, hablando con el oficial, dedicó al suceso el siguiente comentario:

— Si ha sido un asesinato, pongámonos en el caso del asesino y convendremos en que tal vez nosotros hubiéramos hecho lo mismo. Si ha sido un suicidio motivado por los remordimientos, pongámonos también en el caso del suicida y sacaremos en limpio que probablemente nosotros hubiéramos obrado como él.

¿Se ha suicidado? ¿Le han asesinado? No formemos juicios temerarios: de todo tiene la viña del Señor; uvas, pámpanos y agraz, y lo mismo puede haber sido lo uno que lo otro.

PEDRO MARÍA BARRERA

LAS CUSTODIAS CLÁSICAS de nuestras iglesias

II

Es la ciudad de Cuenca tan famosa casi como la de León, por la familia de plateros que con el apellido de Becerril dió al arte de Castilla, y entre los cuales so-

(1) Citado por Cean, I, p. 116.

(2) No he visto esta custodia y me limito á extractar á Cean.



EL MOVIMIENTO, cuadro de Eduardo Pienul



LA TRANQUILIDAD, cuadro de Maudtmann





UNA FIESTA DE BODAS, CUADRO DE J. WEISER





GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS, cuadro de Elena Birnbacher



relieves, cresterías y adornos de todas clases, es verdaderamente enorme, hasta hacer de esta riquísima pieza, en su género, la más suntuosa quizá de nuestros tesoros eclesiásticos. Por lo mismo, resulta recargada hasta el extremo; defecto que, unido á las excesivas dimensiones de los dos cuerpos inferiores y de sus magníficos contrafuertes, por relación á las de la parte superior, impiden que su estructura sea de tan delicado gusto como el de otras, por más que el pormenor ofrezca verdaderas maravillas de finura. El basamento y otras adiciones, como son las estatuitas de los cuatro doctores sobre la cornisa del primer cuerpo, son obra de Xargallo, á principios del siglo XVIII.

En cuanto á la de Cádiz, es de Antonio Suárez, que la principió en 1648, acabándola en 1664. Su planta es exagonal; y su altura excede de 4 metros, distribuidos en tres cuerpos, sobre los cuales y la cúpula cerrada que los termina, se alza la estatua de la Fe. En el cuerpo inferior se coloca, como viril, el «Cogollo», de que ya se hizo en otra ocasión mérito (1) y que se recordará es por sí mismo una custodia completa: particularidad que quizá no se ofrezca en otra alguna; en el segundo cuerpo se halla la imagen del Salvador resucitado, y en el tercero, una cruz. A pesar de la época, todavía conserva en su estructura y ornamentación el estilo Renacimiento afiligranado, tan enteramente distintivo é imposible de confundir, así con el de Juan de Arfe, como con los desvaríos posteriores. En las estatuas y relieves, como en alguna alteración que experimentó en 1698, parece haber tenido parte Bernardo Cientolini, italiano, autor quizá de los cuatro grandes faroles que decoran el carro; aunque no de este, completamente churrigüesco y obra de Juan Pastor, en 1740. Ya se ha dicho su capital defecto; por lo demás, presenta sumo interés.

No lo tendrían menor tantas otras que se han perdido. Cuando los aficionados á ver estos productos del arte llegamos á un templo y nos enseñan los estuches vacíos, donde se guardaron la fabulosa cantidad de alhajas, relicarios y joyas, cuyos últimos restos hacen, sin embargo, que hoy mismo nuestras Catedrales no tengan probablemente rival en el extranjero; cuando sobre todo vemos las enormes cajas de las custodias, hoy desaparecidas; cuando se piensa en nuestras turbulencias, guerras, calamidades, y sobre todo, en nuestro atraso, causa la más grave de todas y la más lenta de remediar, un sentimiento de dolor profundo se apodera del espíritu, al ver lo que hemos sido, lo que todavía podríamos ser... y lo que somos!

F. GINER DE LOS RÍOS

## ELLA

(Historia de un pañuelo de batista)

POR DON FRANCISCO GRASYS ELÍAS

### Introducción

Era la hora del alba; pero era una aurora sin el saludo de la alondra, sin el toque de diana de los pájaros, sin lluvia de perlas, sin rosados resplandores, sin perfumes, sin galas, sin cantos, sin poesía.

La luna, como un grandioso globo de fuego, se ocultaba tras los violetados montes del vecino reino de Aragón, en el mismo sitio en que algunas horas antes se había hundido el claro sol ansioso de admirar otros seres, otras tierras, otros mares y otras regiones.

(1) Custodias góticas, en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, n.º 232.



LA PASTORA

Era el espectáculo más triste, más imponente y más desconsolador el que presentaba en aquella hora indecisa del crepúsculo matutino aquel melancólico astro, perdido tal vez en el vacío; aquella mole sin vegetación y sin aire, hundiéndose en el ocaso y asemejándose al sol de los muertos, al sol del Polo, al sol que alumbrará á la tierra, según rezan las Escrituras, en el tremendo día del juicio final.

Y sin embargo, aquella luna me atraía, me cautivaba y reunía á la par ciertos encantos arrobadores. Tal vez había besado la tumba de mi padre y la cama de mi madre; las trenzas de la mujer amada, los cristales del balcón de mi casa solariega; la tierra que me vio nacer y el mar que se adornece ante los muros de la populosa capital que como un ara santa, guarda las páginas más bellas de mi revolucionaria juventud.

La naturaleza presentaba en aquella hora el aspecto de un vasto cementerio: y los árboles, despojados de sus verdes ropajes y envueltos en la niebla, parecían imponentes esqueletos que hubiesen abandonado el panteón.

El frío era glacial; la escarcha trocaba la vía en un camino de plata; el aire matutino hería como punzantes agujas nuestros rostros y todo respiraba tristeza, silencio, abandono, muerte y quietud.

Acurrucado y más que arropado con bufanda y capa, admiraba desde el interior de una diligencia tan sombrío como imponente panorama.

Todos los viajeros aguardábamos con impaciencia la hora de partir.

La villa dormía por sus cuatro costados, y el canto de los gallos, el cacareo de las gallinas y el repique de las campanas que llamaban á los fieles á misa de alborada, eran los únicos acentos, aunque vagos, que se escuchaban en derredor.

Era domingo, y como tal día de descanso, y por lo tanto, todo hijo de vecino descansaba á pierna suelta en la población.

De pronto, en medio de aquel sepulcral silencio, llegó

á mis oídos una de esas coplas desaliñadas, pero siempre tiernas y llenas de sentimiento, que constituyen la poesía del pueblo español.

El cantor era un mozo de mulas; la copla decía así:

Por lo mucho que te quiero,  
tan sólo reclamo,  
Que con tu pañuelo,  
cuando yo me muera,  
me aten las manos.

Esta trova, cantada con melancólica voz en aquella hora, en aquel sitio, en aquella mañana de invierno, lejos de mi ciudad natal, ausente de mis amores, apartado de mi familia y de cuanto amaba y codiciaba en la tierra, me llegó al corazón.

Recordé otros pañuelos, cerré los ojos y soñé.

Aquel sueño fué una verdadera novela, y aquella novela empieza así:

## I

Nuestro héroe ó Félix, si quieren Vds. darle este nombre, pues este no es el suyo ni lo será nunca, era un joven de treinta años, moreno, de ojos negros, de cabello idem, de sedoso bigote, de recordada barba como los árabes, elegante sin afectación, de carácter franco, comunicativo y emprendedor. Poseía algunos caudales, cuatro idiomas, había cursado en diferentes Universidades, poseía el mágico don de la oratoria, manejaba los pinceles, amaba la música hasta el delirio y tiraba el sable como el general Ney. A más reunía la mejor de las condiciones en su favor: era soltero.

Una tarde de mayo, en que paseábamos juntos por la carretera de Castellón, le dije amistosamente:

— Me han dicho, Félix, que hay en tu vida una página de amor muy interesante.

— Pues te han engañado por completo, — contestó mi interlocutor.

— Aseguran que no has sentido más que un amor. — Y obran bien en asegurarlo, aunque eso no encierra nada de particular.

— ¿Es posible que una sola pasión se haya albergado en tu pecho?

— ¿Por qué no? Tú mismo lo has dicho y lo has jurado en aquella obra titulada: *Para la mujer*, que se compone de pensamientos de varios autores, que coleccionó el hermano del pintor de los muertos, como le llaman en la corte, y que tan bien pinta las mujeres vivas. «En el corazón humano caben todos los dolores y todas las alegrías; pero tan solo un amor.» ¿Te acuerdas de ello?

— Sí. Lo tengo presente. Has ganado el pleito, — murmuré bajando la frente.

— Te he vencido con tus mismas armas.

— Es verdad. Pero ¿podrá saberse el nombre de la dama?

— La heroína de mi historia, es... un pañuelo de batista.

— ¿Pues es una historia en blanco?

— Sí; es un libro virgen, la primera página de un álbum, que tú podrás llenar.

— Préstame el pañuelo y principiaré la obra.

— Procuraré complacerte. Suprimirás todos los nombres y el lugar de la escena.

— Se da por suprimido. Empieza.

— Allá voy.

Tomamos asiento en uno de los puentes de la carretera, desvainamos las petacas, encendimos los cigarros, extendí el blanco lienzo sobre las rodillas, crucé las piernas, empuñé el lápiz, habló mi amigo y escribí.

Principia el drama.

## II

Era una tarde de otoño. El melancólico sol de las almas tristes, como dicen en las Provincias Vascongadas, bañaba por última vez su espaciosa galería.



## VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

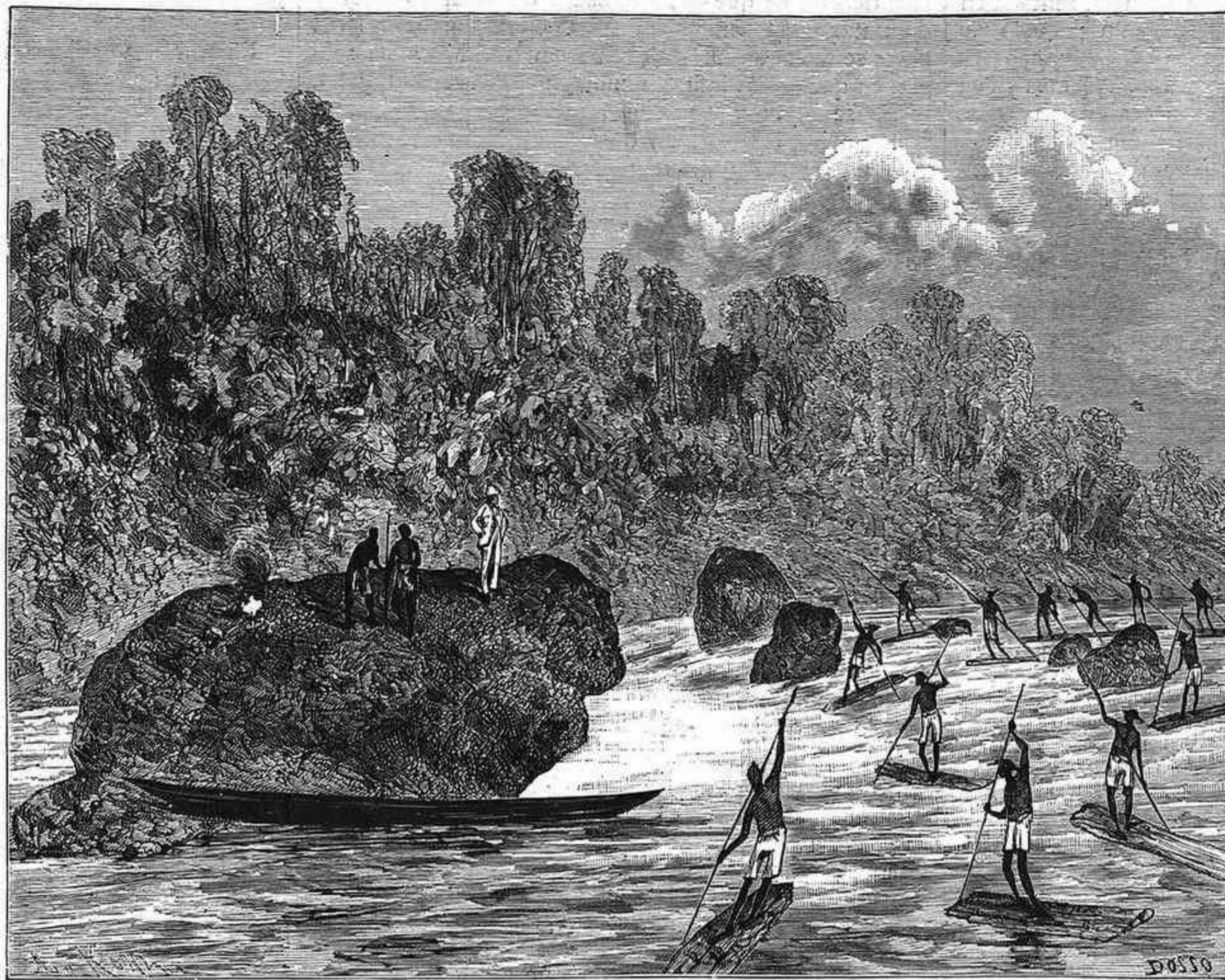
(Continuación)

A las tres de la tarde llego á Kalibuhassan, centro importante, donde hay cinco grandes casetas: es el tipo del pueblo mandaya.

Kalibuhassan se halla en un alto promontorio enlazado con la orilla por un istmo; las casetas parecen como suspendidas á la elevación de 12 á 15 metros sobre el suelo; y apóyanse en estacadas y troncos de árboles; su techo, de dos pendientes, formado con dos bambúes, es sumamente bajo; las dos extremidades de la arista media, dos caballetes, sobresalen del tejado, con el que forman un ángulo opuesto por el vértice; veo en ellos un penacho de crin destinado á conjurar los espíritus (1). Al rededor de las casetas se corre una alta empalizada de estacas muy agudas, constituyendo un recinto flanqueado por dentro y por fuera de *trampas de lobos*, profundas y erizadas de fuertes puntas de bambú, disimulándose su orificio bajo una capa de ramaje y basuras. En la orilla, una especie de tridente sirve de apoyo á una tabla en que se han depositado bananas y arroz, ofrenda á *Limbucon*, la tórtola sagrada, á la que todos los naturales de Mindanao parecen rendir homenaje. Así como en los demás puntos recorridos antes, prodúcese una pasajera emoción á mi llegada, pero pronto renace la tranquilidad con algunos presentes: mientras que me baño, algunos indígenas me observan, á fin de asegurarse, según me lo dijeron más tarde mis muchachos, si el hombre blanco tiene tan velludo el cuerpo como el rostro.

Deseoso de economizar mis víveres, pido algunos huevos y gallinas; pero los recursos de esta pobre gente son insignificantes, y no se atreven á tocar nada en ausencia

(1) Las casetas de los Dayaks de Borneo ofrecen mucha analogía con las de los Mandayas.



Viaje á Filipinas. - Balsas mandayas

de su jefe, que ha sido llamado por su soberano, el datomoro de Bincungán. Por degenerado que esté el islamismo de los malayos del golfo de Davao, aun le deja al mísero dato de Bincungán suficiente prestigio para mantener en estrecha obediencia á mandayas que por la raza y el valor son por lo menos sus iguales.

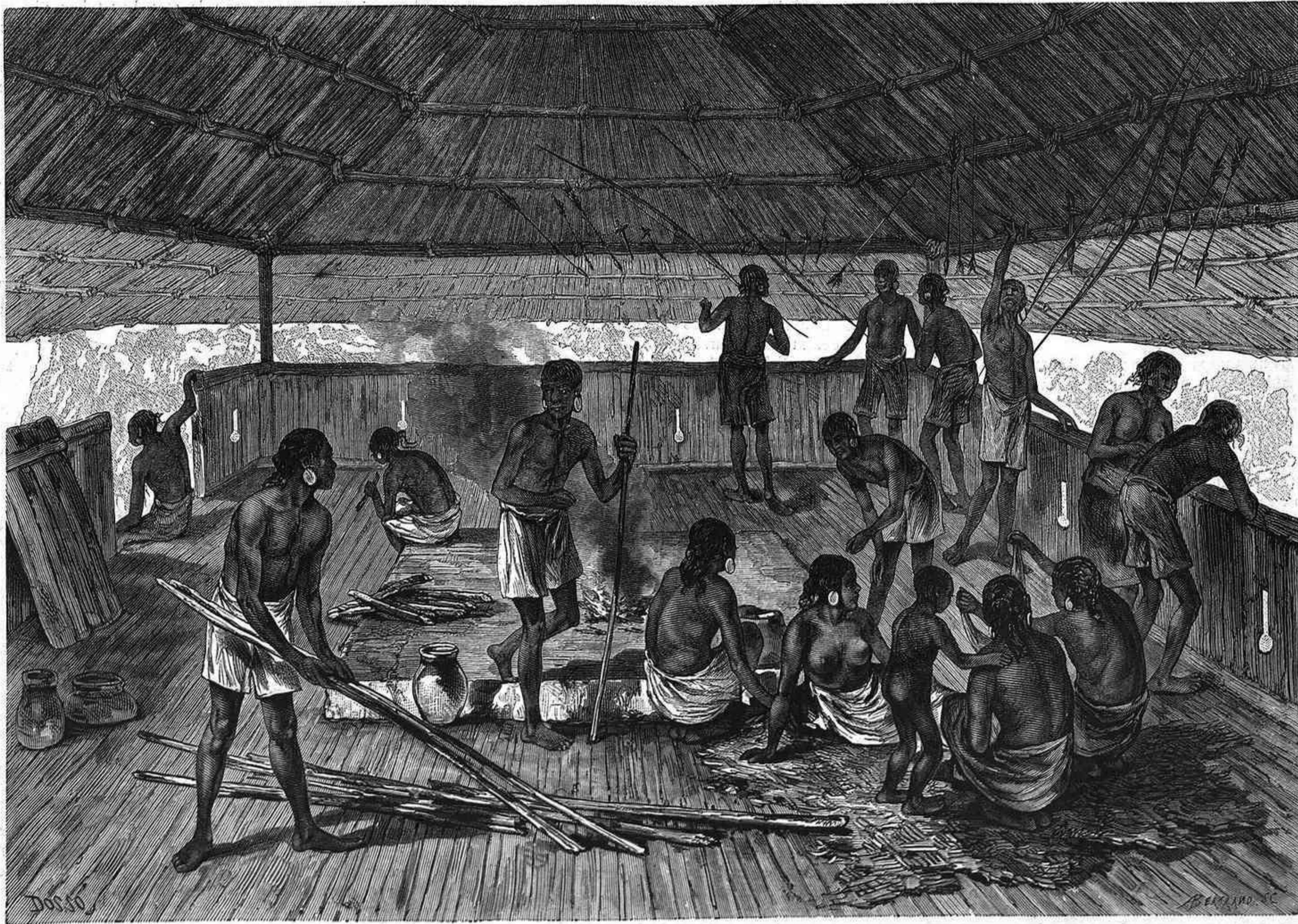
Los mandayas se distinguen por lo vigorosos; con frecuencia son esbeltos y barbudos, pero comunmente se afeitan la barba y las cejas; su rostro, muy ancho, caracterízase por lo saliente de los pómulos, mas á pesar de esto la fisonomía no es desagradable, gracias á los grandes ojos negros, velados por largas pestañas.

Doy algunos collares á los niños, que se revuelcan en el fango de la orilla; y entonces un pariente del jefe acércase á mí y me dice: «Bien veo que eres un *lumun* (hermano); sube á mi casa y duerme en paz.»

jase á mis pies y me suplica que no le lleve más lejos; creíase ya esclavo, y al parecer sorpréndele que le deje marchar, dándole una razonable cantidad de percal. Aunque le hago nuevas ofertas para que me acompañe, niégase tenazmente, diciéndome: «Verdad es que contigo como cuanto quiero; pero si fuera más lejos me cortarían la cabeza.»

Las orillas del Sahug están desiertas; su curso, cuya dirección general se inclina al norte, sigue siendo tan sinuoso como antes. La latitud de mediodía me da 7° 32' 53"; de modo que sólo he ganado 3' 5", poco más ó menos por el norte = 5,5 kil. desde hace 24 horas; en una porción muy pequeña de su curso, las orillas, cortadas á pico, se componen de espesas capas de arcilla estratificadas horizontalmente en una altura de 4 á 6 metros; en todos los demás puntos, una enmarañada vegetación cubre el suelo.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. - Interior de una cabaña mandaya

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN